

volvian á Diana aquella noche todo el brillo de su juventud y el atractivo de su antigua hermosura.

La otra dama, de quien luego hablaremos, no pudo contener una exclamacion de asombro, cuando Diana, despues de algunas horas de tocador, se presentó ya trasformada á sus ojos. Y mas, que Diana, por no sé qué instinto, acaso porque una mujer siente donde quiere la mirada del hombre, ensaya fascinarle, salió sonriendo de un modo divino. Aquella sonrisa hacia pensar en la del ángel de blancas alas y de tendida cabellera, que pintan cruzando por el azul del cielo, fija la mirada en los astros.

Diana contaba diez y siete años, cuando fué casada por su padre con un hombre á quien no profesaba mas afecto que el de un amigo. El dia que supo que la destinaban á enlazarse con Alonso Molineta, centurion en los ejércitos de Flandes, rompió en llanto, y arrojándose á los piés de su padre, le dijo:

—Señor, no me hagais infeliz! mirad que ya tengo elegido al esposo de mi alma!.....

Aquel severo padre ni siquiera hizo un gesto. Descolgó las bridas de su caballo, las dobló en cuatro, y dió tal asonanza á Diana, que la pobre jóven pidió á gritos la mano de Alonso Molineta. Casáronse; Diana aborrecia á su esposo; pero llegó al colmo su aborrecimiento, cuando Alonso le dijo:—mañana marchamos á la América.—Vinieron, y pasó el tiempo; mas un dia, el mismo en que Estrada y Albornoz eran llevados por Chirinos á las prisiones de la fortaleza, Diana, que asomada á la puerta contemplaba con admiracion el triste destino de aquellos gobernadores, dió un grito y cayó desmayada. Casi al mismo tiempo uno de los corchetes que iba custodiando á Albornoz, lanzó un gemido se-

mejante y rodó por el suelo. Diana y su amante acababan de reconocerse, y aquel amante le conocemos: era Zancadilla.

El dia que la noticia de la muerte de Cortés llenaba de luto la ciudad, en dos corazones hervia un raudal de dicha y de inefables esperanzas; Diana y Zancadilla se expresaron en una mirada lo que sentian sus corazones: qué dicha! ¡Alonso Molineta habia partido con D. Hernando! El aborrecido esposo habia muerto!

—Celestiales caribes! —exclamó Zancadilla;—Molineta se habia tragado mi felicidad, y ahora vosotros os tragais á Molineta!..... benditos seais!.....

Cierta ocasion en que se hallaban Diana y su amante recordando sus desdichas pasadas y su felicidad presente, una voz que ignoraban de dónde salia, les dijo:—¿por qué no os casais?..... Volviéronse asustados, y halláronse frente á frente de un hombre que les pareció el demonio: era Negromonte.....

.....
Pasemos ahora á la otra dama.

Clara tenia cuarenta y ocho años. En sus quince habia sido gorda, fresca, alegre, colorada, «hermosota» como suele decirse. Semejante á una dahalia que tronchada de su tallo se marchita sin perder sus colores, Clara conservaba los que una infancia nutrida con el aire de los campos habia extendido sobre sus robustas mejillas. No le faltaba un solo diente; pero los labios habian perdido el brillo, y el vello que treinta años atrás formaba sobre el labio superior una leve sombra, comenzaba á poblarse en sus extremidades con algunas canas, que en fuerza de los continuos repelones habian acabado por tomar el grueso y la rigidez de una cerda. Los ojos eran grandes, algo salien-

tes, animados, pero su párpado inferior, caído por el lagrimal, mostraba sobre el rojo de la conjuntiva el cauce ahondado por el continuo escurrimiento de una lágrima. Las cejas muy abundantes se juntaban sobre la nariz, que era tosca sin ser deforme.

Los párpados comenzaban á atirantarse como bajo el peso del sueño. Del sueño; porque la vida es una desvelada; envejecer es cabecear, morir es dormirse.....

Clara se habia aguantado firme durante casi todo el espectáculo, pero ya bostezaba; la luz del nuevo dia que es la vejez, blanqueaba ya sobre los cabellos de su frente.

Sin embargo, Clara queria parecer jóven; se bañaba en agua fria, se adornaba con exceso, corria, se agitaba, mostrábase retozona y vivaracha, reia, se tuteaba con las muchachas y hacia que temblaba de los hombres..... Pero todo era en vano. Clara era una vieja, á despecho de su locura. Su rostro, sin que ningun poder alcanzase á cambiarlo, era serio, respetable. Aquella señora tenia, como Lamartine dice de Luis XVI, «tenia la respetabilidad de la edad y la inviolabilidad de la majestad.» Clara soñaba con el amor! Era lo que en las novelas se llama una mujer ardiente. Era, sin duda, la realizacion del ideal de esos jóvenes poetas que ansían una mujer de fuego.

Clara leia muchos versos, y *sabia amar*..... esto costó sendas pesadumbres á Redondillo, el infeliz esposo de aquella gorda que, como Maria Antonieta, podia ser acusada de ternura. Redondillo se daba al diablo, pero sufría en silencio.—Por qué?—le preguntaba un dia uno de sus amigos.—Qué he de hacer?—dijo;—ella es la *dueña del dinero*. Entonces el amigo le replicó, diciéndole en latin este bien traducido epigrama de Marcial:

*Fabio, por qué no me caso,
Dices, con rica mujer?
Porque no quiero yo ser
La mujer, y este es el caso.*

Redondillo se quedó pensativo, calculando que si hubiera sabido aquel verso veinte años antes, no se hubiera casado.

El dia que Clara oyó á Pero Valiente contar el desastre de la expedicion, lanzó tales gritos, que las gentes la creyeron loca. Si el lector se acuerda, por ventura, de aquellas dos mujeres á quienes fué á consolar Juana Mancilla, le diremos que una de ellas era Diana, y la otra la esposa del infortunado Redondillo.

Mas tarde se confirmarán las noticias, y las viudas comenzarán á probar el consuelo.

Clara, que segun la fama contaba con algunos miles de maravedís, fué solicitada, como todas las viudas ricas, por un sinnúmero de perdularios. Pero ya su corazon tenia dueño. Un hombre la habia *comprendido*. Aquel sér clásico, aquella figura elegida por la romancesca fantasía de Clara, aquel hombre capaz de realizar el sueño de amor de una alma ardiente, era..... qué abismo es la mujer! aquel hombre se llamaba y era Jorge Villadiego y Valencia.

Ha llegado el instante de santificar los lazos de este amor con la bendicion del sacerdote y la mirada del Omnipotente.....

Clara no ha dormido. Su alboroto no tiene límites. Ha empleado la noche entera en su *toilette*, como dicen algunos pedantes.

Su lujo era churrigueresco.....

—Las cinco y media!—exclamó Diana levantando un

dedo para señalar la dirección que traía el eco de las campanadas.

—Y esos caballeros no vienen!.....—repuso Clara poniéndose las manos sobre los cuadriles y dando una rabiada al estilo de las andaluzas.

—Dios mío!.....—volvió á exclamar Diana.

—Qué!..... niña.....

—Creo que son ellos.....

—A ver!.....

Las dos cabezas se pegaron al vidrio, y de ambas bocas salió esta exclamación:

—Son ellos!

En verdad, por la calle que debe ser hoy la del Tompeate, acababan de aparecer Jorge Villadiego y el deslumbrante Zancadilla.

Clara dejó escapar un suspiro medio sofocando, y tomando á Diana por el brazo, le dijo, con cierta agitación:

—Ay, niña! mira.....

—Qué!

—Trae tu mano..... tiente aquí.....

—Adónde?..... no.....

—Aquí, sobre mi pecho.....

—Ah!.....

Diana colocó su mano sobre el seno de Clara y procuró sentir las palpitations. No sintió nada; el corazón parecía ahogado tras las bastas de aquella portentosa gordura. No así el de Diana, que saltaba tras de las costillas como el azorado pajarillo tras de las rejas de su jaula.

Pasaron diez minutos. Se abrió la puerta que daba al corredor, y aparecieron con sombrero en mano los dos novios, saludando con una graciosa cortesía.

Diana se adelantó á recibirlos. Clara permaneció asomada á los cristales, como si no hubiera sentido maldita la cosa.

—Pasad, caballeros,—dijo Diana tendiendo una mano á Villadiego y lanzando sobre Zancadilla una mirada..... qué mirada! parecía la del viajero al contemplar las cumbres del Popocatepetl, las columnas del Parthenon, el derrumbe del Niágara ó el incendio de una aurora en el polo.

Zancadilla se cubrió de rubor como una dama, y el sombrero se escapó de sus manos. Aquello hizo sonreír de satisfacción á Diana.

—No me ha visto,—dijo Villadiego indicando con un ojo á Clara, que en ese momento parecía mas distraída que nunca y habia tomado una actitud escultural.

Quedóse un instante contemplando á Clara, que estaba vuelta de espaldas. Aquel robusto cerviguillo, casi tan blanco y tan brillante como los hilos de perlas que lo circundaban; aquel laberinto de frescas y perfumadas trenzas, aquellos hombros, aquellos brazos desnudos, aquella espalda, aquello todo tan terso, tan blanco, tan sano, tan gordo, llevaba á Jorge Villadiego de contemplación en contemplación hasta el delirio, y del delirio al éxtasis.

Entretanto, Diana y Zancadilla, acurrucados en su asiento, conversaban sin ocuparse de las cosas terrestres.....

Villadiego se atrevió á murmurar el nombre de Clara, y dió dos pasos adelante.

—Señora..... repitió acercándose otro poco mas..... señora.....

—Ay!—gritó Clara estremeciéndose.

—Ya me teneis aquí.....

—Voto va!—dijo Clara sonriéndose;—sois vos, Valencia?

—El mismo, señora; no habia necesidad de negároslo.

—Sentáos, Valencia; creo que todavía es demasiado temprano.

—Quiá! señora..... son las seis dadas, y ya debe haber comenzado la misa en el monasterio.

—Cuidado con mentir, Valencia!

—Os juro que ya es tarde, señora.

—Estais impaciente?

—Canario!..... y me lo preguntais?.....

—Ay, Valencia!.....

—Qué teneis? señora.....

—No lo sé, Valencia.....

—No ha de ser nada.....

—Suenan ya para mí la hora solemne de la vida. Siento un extraño júbilo mezclado con no sé qué temor, cuya causa ignoro. Mi espíritu sonríe contemplando un sueño de felicidad, y no obstante, mi corazón tiembla de espanto..... Qué es esto?..... A veces siento en mi alma el regocijo; pero siento que á mis ojos se agolpan las lágrimas.

Clara quedó meditabunda.

—Y qué será ello?—preguntó Jorge á poco rato.

—Valencia!.....

—Presente!

—Es que desconfío de tu cariño y temo tu infidelidad al mismo tiempo que anhelo verte mio!.....

—Vamos, señora, replicó Villadiego que comenzaba á enternecerse. Dejad eso para mas tarde, y.....

—Valencia! qué es lo que dices?

—Digo, señora, que todavía no es tiempo de entrar en

semejantes polémicas..... allá cuando sepais que otra mujer me goza.....

—Te mato!.....

—Bien hecho, señora; no diré entonces ni esta boca es mía.....

—Cielos! qué recuerdos me asaltan en este instante...

—Cuáles?.....

—Redondillo.

—Ea! dejad en paz á los difuntos, y no me atormentéis á mí con vuestros recuerdos..... pensad solo en la dicha con que pronto inundareis mi existencia.

—Ah! vosotros los hombres quereis poseer el corazón de una mujer hasta los últimos rincones donde moran los afectos mas inocentes! Y para qué, Valencia?..... para llenarle de amargura.

—Ah! Clara!—exclamó Villadiego en un arranque inesperado—me amais, no es verdad?.....

Clara se agitó como el que quiere pronunciar una palabra y no la encuentra. Al fin tendió su mano á Villadiego, y exclamó con un acento trágico:

—Ingrato!.....

—Diantre! dijo Villadiego.

—Ingrato! sí..... cuando yo esperaba verte delirante de regocijo; cuando yo creia que tú, al verme, te arrojarías entre mis brazos, te detienes frio y me diriges un saludo vulgar y una mirada indiferente..... Adónde está tu amor? adónde está ese fuego que no te abrasa el corazón ni sale ardiendo como el rayo por tus pupilas? Pues bien; hombre insensible, verás lo que es la abnegacion de la mujer y el tesoro de virtud que se esconde tras el cristal de una alma vírgen..... Yo me resigno á tu cruel indiferen-

cia, yo te amo!..... te amo como ni los hombres, ni los ángeles, ni los serafines, ni los.....

Pum! Clara abrió los brazos y cayó sobre Villadiego con el peso de una avalancha. Aquello era el abrazo de un hércules.

—Señora!.....—exclamó Villadiego, arrinconado en el balcon—mirad que nos está observando Zancadilla.

Clara comenzó á sollozar sobre un hombro de Jorge, y allí entre los sollozos, le dijo:

—Yo apuraré la copa hasta las heces.....

—Bien dicho, señora, replicó Villadiego, eso es lo mismo que yo hago para consolarme.

—Copa de amargura!.....

—De lo que fuere; todo es lo mismo; pero alzáos, señora..... eh! qué diablo! vamos á desquebrajar este vidrio.....

—Me amas?

—Mucho..... pero..... por favor!

—Mientes! perjuro.

—Canario!.....

—Las seis y cuarto! gritó Diana levantándose de su asiento.

—La misa! exclamó Zancadilla.

Clara abandonó á Villadiego y fué á tomar su manto que estaba prevenido sobre una silla. Diana, que habia escuchado como en sueños los reproches de Clara, preguntó á esta:

—Qué ha pasado? habeis reñido, como lo haceis todos los días?

—No, repuso Clara, perfectamente tranquila; no es nada, niña. Luego se tomó del brazo de Villadiego, y repitió

sonriéndose:—No es nada..... ya sabes..... son tempestades de verano. Marchemos!.....

Las dos parejas, radiantes de alegría, tomaron el camino del monasterio.....

.....

.....

A las diez estaban ya de vuelta. Venian casados. Casi á la misma hora el padre Valencia bendecía la union de Tetzahuitl y de Isabel Dorantes. Salazar festejó aquel dia á los novios, en una casa de San Cosme, con un almuerzo y un espléndido baile, á que asistió lo mas selecto de la sociedad española.